CRISTINA BARREIRO

Las hijas de Isabel II

Isabel, Pilar, Paz y Eulalia, cuatro infantas al servicio de España

la esfera (de los libros

Prólogo y agradecimientos

Las hijas de Isabel II no es un libro de historia. Cuenta una Listoria: la de la vida de las infantas Isabel, Pilar —en su corta existencia—, Paz y Eulalia de Borbón. Lo hace desde la mirada de quienes, durante más de un siglo, fueron protagonistas de una época en España y en Europa. Esta obra comienza con el nacimiento de Isabel de Borbón y Borbón, princesa de Asturias, en 1851. España agotaba el sistema político liberal de la Década Moderada, en unos días de romanticismo y zarzuelas. Y termina con la muerte de la infanta Eulalia, la última superviviente de ese periodo, en 1958, en pleno nacionalcatolicismo, cuando sobrevolaba la duda de si Franco restablecería o no la monarquía. A través de las vivencias de estos personajes, tratamos de aproximarnos al ambiente político, social y cultural de un momento histórico. Hacemos un viaje por el tiempo en diferentes escenarios. Con una interesante base documental, articulada sobre materiales hemerográficos y bibliográficos, recreamos la vida y las relaciones, los sentimientos, las alegrías

y los desconsuelos de ese entorno familiar; las bodas, los partos, las recepciones o representaciones, su vida en pareja, su papel como madres, hijas y abuelas. Hemos tratado de hacer una crónica ambiental de un periodo a través de la biografía coral de estas infantas españolas.

La infanta Isabel es, quizá, la hija de Isabel II que ha sido más trabajada desde un enfoque académico. Existen estudios sobre su personalidad y proyección en la propia institución que, de algún modo, ella representaba. El documentado libro de María José Rubio *La Chata. La infanta Isabel de Borbón y la corona de España* (2003) ha resultado de un valor inestimable para anclar muchos de los episodios que aquí describimos. Castiza y protocolaria, amante de los toros y las verbenas, la infanta Isabel fue casi desde su muerte, en 1931, una figura estudiada por autores como José María Tavera (1959) o José María Ortega-Morejón (1943). Su afición a la caza, los deportes, la numismática o la fotografía, y sus estancias en La Granja ofrecen otras perspectivas, más específicas, que también han sido objeto de análisis.

La infanta Paz ha encontrado un reconocido papel en la historia gracias a la biografía novelada de María Teresa Álvarez (2011). Su carácter bondadoso, su papel como mecenas cultural, siendo ya princesa de Baviera, o, incluso, sus colaboraciones periodísticas nos acercan a una mujer creyente, amante de la música y las artes, a la que los avatares de la vida, su rango y condición, colocan en el epicentro de episodios tan determinantes como la Primera y Segunda Guerra Mundial. Conocemos su pensamiento gracias —entre otras— a las «Impresiones: de mi vida» que ella misma publicó en el diario monárquico *ABC* amén de otros periódicos como *El Universo* o *La Basílica Teresiana*. Por otra parte, su diario y escritos han salido a la luz al amparo de los trabajos de su hijo, Adalberto de Baviera, como

Cuatro revoluciones e intermedios, editado por Espasa-Calpe en 1935, cuando ella vivía en Múnich. Pilar García Louapre (2000) ha analizado su trabajo como escritora y también sus iniciativas a favor de la paz, y María Victoria Cavero (2007) aspectos más particulares de la infanta durante sus visitas a la finca que tenían en Saelices (Cuenca).

La infanta Eulalia, la menor de las hijas de la castiza Isabel II, ha sido abordada desde diferentes puntos de vista, bien en un plano de interpretación crítica como de mujer rebelada contra los convencionalismos de su estirpe. La aproximación a Eulalia de Borbón es muy plural: nacida en la corte, casada contra su voluntad —algo por otro lado habitual en los entornos palatinos—, embajadora de España en las Américas, separada y rebelde. Todos esos elementos hacen de esta infanta un personaje jugoso para una historia ambiental como la que aquí se pretende. La muy reciente biografía de María Teresa Puga (2021) o los trabajos de María Águeda Castellano (1992), Ángeles Ezama (2009) o Pilar García Louapre (1995) han resultado un material bibliográfico indispensable para articular este libro. De la infanta Eulalia tenemos la visión que ella misma nos quiso dar en dos obras: la de sus Memorias, imprecisa en términos históricos pero tremendamente útil para recrear el contexto familiar y político, publicada por primera vez en 1935 y de la que se han hecho diferentes reediciones; y la que nos ofrece sobre su pensamiento social en el controvertido Au fil de la vie (1911), que le valdrá su expulsión de España por más de una década. Tiene otros escritos, como Para la mujer (1946), con una repercusión menor.

La muerte prematura de la infanta Pilar apenas ha dado pie a trabajos específicos más allá de su romanticón enamoramiento del príncipe imperial Napoleón Eugenio Luis.

Estudiar la vida de las hijas de Isabel II nos lleva a encontrarnos con otros actores que se convierten en figuras principales del relato. Su propia madre, Isabel II, «la de los tristes destinos» —en expresión del propio Galdós—, es un elemento consustancial a este trabajo: su carácter explosivo, el cariño a sus niñas, la relación con sus «secretarios» y el debate en torno a las paternidades, la vida en el palacio de Castilla y su madurez en el exilio. Los trabajos de Isabel Burdiel (2010), José Luis Comellas (1999) y Germán Rueda (2001, 2013) han resultado fundamentales para una mejor compresión del momento y el personaje. Al hilo de Isabel II, desfilan por estas páginas su hermana Luisa Fernanda, el duque de Montpensier, el infante Sebastián, Napoleón III y Eugenia de Montijo, Luis II de Baviera, la reina Victoria de Inglaterra, Sissi y Francisco José, el archiduque Rodolfo... Un sinfín de actores que nos han permitido reconstruir el escenario sobre el que actúan nuestras infantas. Sin investigaciones como las de Agustín de Figueroa (1945), Ana de Ságrera (1990) o José Carlos García (2015), estas descripciones hubiesen resultado inviables. María Cristina de Habsburgo y sus hijas, y Alfonso XIII y Victoria Eugenia encuentran también un lugar destacado en este tablado de la historia. Sin duda, para comprender sus complejas personalidades, nos hemos valido de los trabajos de Julián Cortés-Cavanillas (1966), Marino Gómez Santos (1964), Ricardo Mateos Sáinz de Medrano (2005, 2007) y, en un plano más periodístico, José María Zabala (2008, 2012).

Hemos tratado de acercarnos todo lo posible al ambiente social y político que se vivió en España —pero también en Europa— en esos años: celebraciones fastuosas y atentados anarquistas, natalicios y funerales, la Restauración, las pérdidas coloniales, los movimientos políticos y la caída de los imperios centrales. Lo hemos hecho desde la perspectiva que nos ofrece la

consulta de las fuentes hemerográficas que se conservan digitalizadas en la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional. Constituyen, sin duda, el material más valioso para este libro: La Época, La Correspondencia de España, El Imparcial, El Siglo Futuro, El Pabellón Nacional... y tantos otros diarios enumerados en la bibliografía. Sin las crónicas, sueltos e informaciones telegráficas transcritas, hubiese sido imposible conseguir un volumen de datos tan preciso como el que aquí presentamos. También, la versión digitalizada de ABC, en su doble edición, de Madrid y Sevilla, nos ha permitido indagar un poco más en la vida del Palacio Real gracias a sus minuciosas descripciones. A través del portal digital de la Biblioteca Nacional de Francia, Gallica, nos hemos acercado con facilidad a cabeceras como Le Temps, L'Humanité, La Patrie o Le Petit Journal. La consulta de las revistas femeninas La Moda Elegante o Elegancias y, ya en el siglo xx, los semanarios gráficos Estampa o Crónica, por citar solo algunos, han sido primordiales en el trabajo de documentación previo a la redacción del manuscrito. Se trataba de ver el personaje en su tiempo y en su historia: ¿cómo vestían?, ¿cómo era su aseo y toilette?, ¿y la lencería del hogar? Son aspectos estos a los que se ha pretendido dar un valor específico como elementos de reparto en el abanico global de esta historia. Por otro lado, no queremos dejar de mencionar la correspondencia que hemos podido consultar en el Archivo General de Palacio y los documentos que se encuentran digitalizados en el Portal de Archivos Españoles (PARES). Son fundamentalmente cartas entre familiares sobre cuestiones de vida en la corte, viajes o inventarios de adquisiciones. Nos han servido de referencia para inspirar las conversaciones y el contenido de las cartas que intercambiaban nuestras protagonistas.

Los diálogos que se presentan tratan de recrear momentos vividos. Salvo circunstancias muy particulares, no responden a

una transcripción histórica literal. Las cartas de despedida con las que se cierra el libro, aunque firmadas, son producto de la autora. No obstante, los datos que se facilitan son el resultado de una labor documental que constituye, quizá, el principal valor de este trabajo. Los carteles de las corridas de toros, los estrenos en la ópera o en el teatro, los espectáculos, los lugares de ocio, los hipódromos..., todo responde a la realidad de su tiempo.

Hemos tratado de prestar una atención especial a las alhajas y al vestuario de las infantas por considerarlos muy característicos de su rango y condición. Muchas de las joyas que se citan—como en el caso de la infanta Paz antes de su matrimonio— están inventariadas, de otras tenemos referencias de las propias protagonistas. Así ocurre con la tiara de las Conchas, obra de la joyería Meyer, tan identificada con la Chata. La corona de perlas y diamantes fue, quizá, la herencia más sentida que Eulalia recibió de sus suegros, los duques de Montpensier. Los datos referidos a dotes y ajuar están extraídos de los diarios de la época.

En estas hojas vamos a leer los nombres de Crista, Buby, Nando, Nino, Tito, Ali y muchos otros diminutivos que se utilizaban en la vida íntima de la corte. Sorprende comprobar cómo casi todos tenían un apodo con el que respondían en la cercanía familiar: el hijo que enferma, la cuñada con la que salir de paseo en landó por Recoletos, el sobrino cariñoso, la abuela conversadora o el yerno al que piden recomendación facultativa. Son personajes de carne y hueso, con sus fortalezas y debilidades, con sus alegrías y tristezas, que, en los más de cien años que cubre esta saga familiar, la de las infantas Borbón y Borbón, tuvieron que hacer frente —desde una posición tan privilegiada como peligrosa— a lo que significa ser protagonista de la historia.

Mi agradecimiento a mis compañeros de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación de la Universidad San Pablo-CEU y especialmente a Germán Rueda por nuestras conversaciones sobre Isabel II. A Luis E. Togores por impulsar esta aventura con La Esfera. También a Teresa Puga por su amabilidad y a Berenice Galaz, editora. A todos mis amigos: tengo muchos y buenos. Y aunque no se deba, me gusta presumir de ellos. A mi familia, especialmente a mi hermana, que tanto me ha apoyado en esta carrera de fondo. Y, sobre todo, a mis dos hijas, a las que he robado tiempo. A todos, gracias.

PRIMERA PARTE LA VIDA CON ISABEL II (1851-1877)

1

Refrigerio y chocolate para un parto real

Ha nacido una niña robusta: Isabel de Borbón. 1851. España tiene princesa de Asturias. La alegría de la reina tras los alumbramientos malogrados. Rumores en la corte, ¿dónde está Ruiz de Arana? En busca de matrona y hermanas de leche.

Todo Madrid esperaba oír el estampido del cañón que anunciase al pueblo que la reina tenía un hijo y España, un heredero al trono. Isabel II estaba de parto. Era el 20 de diciembre de 1851 y el frío entraba por los ventanales del Palacio Real. De madrugada, después de haber tomado un caldo, la reina había empezado a sentirse mal y, poco a poco, se fueron confirmando los síntomas de que el alumbramiento se acercaba. No era la primera vez que esto ocurría: Isabel ya había parido antes, pero el niño siempre se malograba. Ahora tenía veintiún años y había miedo ante un nuevo fracaso. A su lado, el rey consorte Francisco de Asís temblaba.

Presidía el Gobierno el moderado Juan Bravo Murillo, en unos días en los que la principal preocupación política pasaba por el modo en que el golpe de Luis Napoleón Bonaparte, recientemente producido en la vecina Francia, pudiese afectar a los asuntos españoles. Pero en esas horas de zozobra e inquietud, también ante el angustioso estado del tesoro, todo parecía

diluirse por el próximo nacimiento de un príncipe o princesa. El presidente del Consejo de Ministros no tardó en llegar a palacio acompañado de los miembros de su gabinete. La plaza de Oriente se fue llenando de transeúntes mientras los centinelas vigilaban el fortín real. María Cristina, su madre, además de su hermana, la infanta Luisa Fernanda, acompañada de su esposo, el duque de Montpensier, llegaron preocupados a los regios aposentos en los que Isabel, pálida, esperaba que todo se resolviera rápido. Pero sus partos anteriores no habían sido fáciles. Entre el silencio sepulcral de los pasillos reales caminaban con paso acelerado los doctores Drument y Solís, encargados de asistir al noble alumbramiento. En la antecámara fueron recibidos por la camarera mayor, la duquesa de Gor, y por las damas de la máxima confianza de la reina. Parecía que la espera iba a ser larga y se ofreció a todos los concurrentes un abundante aperitivo. Algunos miraban de reojo para ver si entre las autoridades del reino, que según protocolo y costumbre esperaban noticas del parto en los salones inmediatos a la antecámara real, se encontraba el apuesto senador y especial amigo de su majestad, José Ruiz de Arana. Por la sala circulaban Olózaga, Moyano, el marqués de Viluma, Istúriz, Pacheco..., pero ¿dónde estaba «el pollo Arana»? Este había llegado rezagado tratando de pasar desapercibido entre los numerosísimos títulos del reino que atestaban la saleta. Quizá su presencia pudiera incomodar a los familiares más directos de la reina, que habían vivido con particular rechazo los amoríos de Isabel con el ministro madrileño.

Los telégrafos esperan la primera señal. Eran las once y cuarto cuando una bandera blanca, enarbolada en la punta del diamante de palacio, y doce salvas anunciaban que había nacido una niña. España tenía ya una princesa de Asturias. Se llamaría

igual que su madre: Isabel, aunque en la memoria española haya quedado como «la Chata». Como era costumbre en la época, un indulto general y multitud de gracias fueron concedidos con motivo del fausto acontecimiento.

La joven reina estaba agotada. Pero parecía que podía descansar tranquila: en esa ocasión los facultativos aseguraban que era una niña robusta y sana, y que no debiera tener problemas en su crianza. Y así fue. Isabel, princesa de Asturias hasta el nacimiento de su hermano Alfonso, y futura infanta española, creció llena de salud y fuerza hasta convertirse en el pilar institucional de la familia real. Adorada por el pueblo, viuda desde muy joven, amante de las artes y la etiqueta, apasionada de los toros y las verbenas, marcará el destino vital de sus hermanas: Pilar, Paz y Eulalia, las infantas españolas que estaban por nacer.

El bautizo de la neófita se realizó en la real capilla un día después del parto. Era un acto solemne, declarado capilla pública y oficiado por el cardenal arzobispo de Toledo. La niña fue portada en brazos por la marquesa de Povar y lucía los encajes propios de cristianar en una ceremonia regia. Actuaron como padrinos sus augustos abuelos María Cristina y el infante Francisco de Paula. No faltaba en la comitiva el duque de Riánsares, Fernando Muñoz, morganático esposo de la reina madre y habitual en el ceremonial palatino.

Isabel II no acudió, apenas habían pasado veinticuatro horas desde que la princesa de Asturias había llegado al mundo. Necesitaba descansar. La compleja situación política derivada de la crisis de los gabinetes moderados la requeriría pronto. La monarquía liberal que ella representaba estaba acosada por las críticas de la prensa progresista, e incluso en el seno del Ejército se escuchaban voces discrepantes. Isabel II necesitaba, además, reponerse

para la ceremonia de presentación de la neófita en la basílica de Atocha. El pueblo tenía que conocer a la heredera y ella, la reina, presentarse ante los españoles en la plenitud de su figura. Todavía era esbelta, aunque los avatares de la vida y la complexión heredada de su padre, Fernando VII, la llevasen a aumentar su corpulencia. Pero, por el momento, su robustez parecía tener solución. Había que avisar a la jefa de guardarropa. Las ballenas del corsé debían estar perfectamente acopladas a la lencería y al traje de corte que luciría en la ceremonia de presentación. Faltaban apenas unas semanas y todo tenía que estar a punto.

La reina se recuperaba en su alcoba, con vistas a la plaza de Oriente, con chocolate a la taza y con los guisos de carne que tanto le gustaban. En el buen comer, Isabel madre siempre había sido poco regia. De vez en cuando le llevaban a la niña. Le había subido la leche, pero en esos tiempos los Borbones no amamantaban a sus hijos. Ya habían encontrado a una buena ama de cría, probablemente la más fecunda del reino y, sobre todo, sana: una cántabra corpulenta que durante años estaría al servicio de los vástagos reales.

En palacio, el marqués de Alcañices, mayordomo y caballerizo mayor —padre del futuro duque de Sesto—, trataba de poner la casa en orden. Don Francisco, el rey consorte, no dejaba de dar instrucciones sobre la administración de la lista civil y los cambios que debían hacerse en el guardarropa de las dependencias regias. Esos días se le veía nervioso. Quería volver a Aranjuez, pero sus responsabilidades se lo impedían. Estaba receloso. La sombra de Ruiz de Arana se reflejaba todavía en la tapicería en raso azul y blanco de la alcoba real. En el fondo, le hubiera gustado desaparecer: resultaba enojoso escuchar cómo en la corte empezaban a referirse a la niña como «la araneja». Y también el pueblo empezaba a hablar...

Ya habían pasado cuarenta días desde el parto. Era el 2 de febrero de 1852 e Isabel era una madre radiante. Siguiendo la costumbre, iba a presentar a su hija a los madrileños. Cierto que había rumores de alteraciones del orden público en el país, especialmente en las zonas rurales, pero pocos esperaban que un cura perturbado se precipitase sobre Isabel II en el momento en que esta abandonaba la basílica de Atocha, donde había tenido lugar la función religiosa. Eran más de las doce de la mañana. ¿Cómo había podido ocurrir? Los gritos de la reina pidiendo auxilio para su pequeña resonaron en toda la nave: «¡La niña! ¡Que cuiden a Isabel!». La princesa lloraba, pero el bebé estaba a salvo en brazos de la marquesa de Povar. Por suerte, el puñal había topado con una de las ballenas que componían su corsé. Esto y el oro del regio manto habían parado el golpe lo suficiente para que no penetrase tanto como era de temer por la violencia que llevaba. Apenas unos rasguños en su piel y la certeza de que el agresor había sido capturado. Dios velaba por la excelsa Isabel.

Desde el momento de estupor provocado por el horrible atentado, la princesa de Asturias se convirtió para los españoles en una niña adorada. Mimada y querida hasta la saciedad por su familia, motivo de continuos desvelos y objeto de todas las atenciones por los madrileños, representaba la continuidad de la monarquía liberal en esos días en los que Ramón Narváez, Baldomero Espartero y Leopoldo O'Donnell jugaban a hacer política. Risueña y espontánea, Isabel creció en palacio con la única compañía infantil de Lolita Balanzat, nieta de una de las azafatas de la reina, que sería compañera de juegos y amiga hasta su muerte. Oficialmente era llamada «camarista». Las primas de la princesa, las hijas de la infanta Luisa Fernanda, apenas visitaban Madrid: desde que se había tenido noticia de las maquinaciones

políticas de Antonio de Orleans, duque de Montpensier, sufrieron una especie de exilio convenido que les había llevado a establecerse en Sevilla, en el palacio de San Telmo. Era un intento de aplacar la desmedida ambición de poder del duque, su padre. Por eso, las niñas Orleans, Isabel y Cristina —unos meses más pequeñas que la princesa de Asturias—, casi nunca viajaban a la capital. Ellas crecerían en Andalucía, en un ambiente familiar feliz entre los campos de naranjos de Sanlúcar, que su padre explotaba con pingües beneficios, y cuidando con mimo a su hermana menor, la delicada Mercedes, quien un día llegaría a convertirse en reina de España.

Al comenzar 1854, cuando la princesa acababa de cumplir dos años, Isabel II daba a luz a otra niña. Le pusieron el nombre de su abuela, Cristina, pero fallecía apenas tres días después del nacimiento. La corte entera volvía a teñirse de luto. El debate en torno a la paternidad biológica de la neonata había vuelto a estar sobre la mesa, pero los rumores pronto acallaron. Isabel se quedaba, por el momento, sin la hermana añorada. Entre tanto, la situación política se complicaba: en el verano de 1854, el pronunciamiento de Vicálvaro terminaba con una década de mandato moderado. Ahora eran los «dos cónsules», O'Donnell y Espartero, quienes fijaban el rumbo de la nación y reabrían el debate sobre nuevas desamortizaciones. Pese a ello, la familia real no dudaba en trasladarse a su palacio de Aranjuez para aliviar los sofocos que la tórrida climatología de la capital provocaba con el cambio de estación. El ferrocarril, recientemente inaugurado, aligeraba la intendencia que provocaban los desplazamientos regios. El marqués de Alcañices trataba de que todo estuviese a punto cuando el tren real partiese a todo vapor de la estación de Mediodía. Pero, sobre todo, de que el trayecto de la reina, la pequeña y su séquito fuese confortable durante los cincuenta y cuatro minutos que duraba el viaje hasta el apeadero, adornado con guirnaldas, construido en las inmediaciones del palacio real de Aranjuez. La presencia de la niña encandilaba a los lugareños. Durante cinco años, Isabel crecería como hija única, con los cuidados y atenciones de quien, hasta la fecha, estaba llamada a ser reina de España.

2

¿Ha nacido el puigmoltejo?

Llega el ansiado heredero varón: el príncipe Alfonso y la amenaza carlista. Escándalo en el palacio. Compartiendo habitación. ¡Por fin cumplo ocho años!, cuarto independiente. Lola y las mozas de retrete.

Eran las diez y cuarto de la noche del 28 de noviembre de 1857 cuando la reina daba a luz a un niño, Alfonso, que pronto recibiría el título de príncipe de Asturias. Su hermana Isabel pasaba al segundo puesto en la sucesión al trono, ahora como infanta de España. Dos horas después de haber empezado los dolores, la duquesa de Alba, camarera mayor hasta 1866, había salido de las habitaciones de la reina y anunciado al presidente del Consejo de Ministros el fausto acontecimiento. Momentos después, el rey consorte Francisco presentaba en una rica bandeja de plata al augusto recién nacido a los invitados que esperaban en el salón de la cámara. De nuevo, tenía que volver a pasar por este mal trago. Desde hacía meses, eran conocidos los amoríos de la reina con el capitán del regimiento de Ingenieros Enrique Puigmoltó y Mayans, a quien no dudó en conceder el título de vizconde de Miranda. El escándalo estaba servido.

Veinticinco cañonazos y un repique general de campanas anunciaron en la capital el solemne acontecimiento. Apenas lu-

cieron sobre la fachada de la casa de Correos los faroles rojos que indicaban que era un varón, resonó un entusiasta grito de ¡viva el príncipe de Asturias!, repetido al ver ondear sobre el Teatro Real la bandera española. A las once, todas las avenidas de palacio estaban cuajadas de gente. La prensa no escatimó en felicitaciones a la soberana por este real alumbramiento garante de la continuidad dinástica en la monarquía liberal, amparada por la Constitución de 1845. *La Época*, portavoz de los intereses aristocráticos, no podía mostrarse más satisfecho, pero para el diario *La Esperanza* el nacimiento de un varón desvanecía por completo las ilusiones fusionistas que, en los últimos tiempos, parecían estar alimentando el ánimo de los carlistas.

Isabel, que estaba a punto de cumplir seis años, sentía adoración por su hermano. Miraba ensimismada al bebé que entre puntillas y algodones había llegado a casa. Nunca tuvo celos pese a que había quedado relegada en la sucesión. A la niña esas cosas no le importaban. Ahora compartía estancias y servidumbre con Alfonso, bajo la atenta vigilancia de la marquesa de Malpica, sobre la que empezaba a pesar la edad. La veterana servidora era de máxima confianza de la reina y en ella delegó las primarias atenciones infantiles. El ala izquierda en la primera planta del palacio era la destinada a los niños. Por ella se movían la nodriza, las damas de guardarropa y las mozas de retrete, encargadas del bienestar y aseo de los pequeños. Varias veces al día recibían la visita de su madre, quien, aunque atareada en sus esparcimientos, encontraba huecos para estar con sus hijos. Isabel II fue siempre una madre cariñosa. La abuela Cristina ya no les visitaba. Tras las tormentosas jornadas de Vicálvaro, las turbas habían incendiado su palacio de las Rejas en el paseo madrileño de Recoletos y ahora vivía exiliada en París. En las dependencias de Isabel y Alfonso no faltaban muñecas de porcelana, caballos de madera, cajas musicales y el popular aro, con el que la infanta se entretenía en los jardines del Campo del Moro en compañía de Lolita Balanzat, futura marquesa de Nájera. Aunque, en el fondo, a ella siempre le habían gustado más los juguetes de chico y los largos paseos a caballo por la Casa de Campo o El Pardo. Pero, sobre todo, Isabel disfrutaba en La Granja de San Ildefonso.

Se aproximaban fechas importantes en el calendario de la familia real. El presidente del Consejo de Ministros, Francisco Javier de Istúriz, había programado un viaje oficial en el que los reyes, en compañía de sus hijos, visitarían Albacete y Andalucía. Isabel II y don Francisco por unas semanas estaban obligados a entenderse o, al menos, a no mostrar públicamente la impetuosidad de sus caracteres que hacía temblar el cumplimiento estricto del protocolo. Sus públicas disputas amenazaban la estabilidad de la monarquía en un momento en el que muchas voces criticaban la voluntad libérrima de la Corona. De regreso a Madrid, marcharían a Asturias para que los niños recibiesen, en el santuario de Covadonga, de la mano del obispo de Oviedo, el sacramento de la confirmación. Desde ahí la reina había pensado pasar unas semanas tomando los baños en Gijón. Era el mes de julio de 1858. El Gobierno tenía claro que Alfonso e Isabel, los pequeños de la casa, se habían convertido en la principal baza con la que contaban los Borbones si querían mantener el trono. Por eso era necesario que viajasen por España, que en pueblos y provincias admirasen a la joven infanta, ataviada con el correspondiente traje regional. Las costureras reales no paraban de tomarle medidas: vestidito de fallera, de baturra o huertana. Todo tipo de justillos, enaguas o pololos para las indumentarias tradicionales. Y le pinchaban. Poco a poco se estaba creando el mito de la Chata, la infanta que supo ganarse el

cariño de un país y que sería el referente constante en la vida de sus hermanos menores.

Isabel era ya una niña de ocho años. Con pelo trigueño, ojos almendrados y nariz respingona. La reina decidió que había llegado la hora de crearle un cuarto propio e independiente del príncipe de Asturias, con su servicio exclusivo. Isabel II no estaba para ajetreos, pues se encontraba en la recta final de un nuevo embarazo. Miguel Tenorio había sido ascendido a gentilhombre de cámara y muy pronto nombrado secretario particular de su majestad, cargo tradicionalmente de carácter privado. Y la reina optaba por delegar funciones en la marquesa de Malpica. En adelante atenderían a la niña otras nueve damas: una tenienta de aya, una directora de estudios, cuatro camaristas, dos mozas de retrete y una encargada de guardarropa. También habría que diseñar un plan de estudios acorde con la dignidad institucional de su joven alteza real. En principio, la encargada de su formación sería la señorita María de Haes. Se le impartirían nociones en doctrina religiosa, pero también clases de lengua extranjera, francés e inglés, de la mano de Frances Erskine-Inglis y Stein, quien pronto será apodada en palacio como Fanny y acompañará a las jóvenes infantas como directora de estudios hasta su fallecimiento, en 1882. Isabel recibiría además lecciones de música y canto del maestro Valldemosa, y en piano tendría como profesora a doña Mariquita, una virtuosa del teclado que supo inculcar en Isabel el gusto por las veladas musicales a las que será tan aficionada en su madurez. Los velones del dormitorio se apagarían a las nueve. A esa hora sus dependencias tendrían que permanecer a oscuras.

Un nuevo cambio se sumó en la vida de los más pequeños de la casa: el 26 diciembre de 1859 la reina daba a luz a otra niña, a la que llamaron María de la Concepción. La infanta Isabel pensaba que ahora podría jugar con su nueva hermana y se sintió protagonista cuando la dejaron asistir, con Alfonso, al bautizo en la Capilla Real. Actuaron como padrinos los duques de Montpensier, que en esas Navidades se habían desplazado a Madrid en un nuevo intento de Antonio de Orleans de conseguir un acercamiento al poderoso O'Donnell. También llegó a la corte el singular infante Sebastián de Borbón y Braganza, hijo de la princesa de Beira —alma espiritual del carlismo—, quien había contraído segundas nupcias con la infanta Cristina de Borbón, prima carnal de Isabel II y también del rey Francisco, en la endogámica familia real española. Pronto se convertirían en personajes muy populares en Madrid. Pero la alegría por el alumbramiento duraría poco. La nueva infanta iba a vivir solo dos años: fallecía en octubre de 1861 de un derrame cerebral. La reina la acompañó en la alcoba en su último suspiro. Isabel II, profundamente afectada, solo fue capaz de recibir al nuncio de su santidad entre las muchas autoridades que se acercaron a palacio a manifestar sus condolencias. Los restos mortales de la niña se depositaron en el Real Panteón del Monasterio de El Escorial, según costumbre y protocolo para estos infaustos sucesos.

Por unos días, el príncipe de Asturias y la infanta Isabel dejaron de acudir a su paseo por Recoletos. Cuando reaparecieron, lo hicieron de negro. También fue suspendida la apertura de las Cortes. El debate sobre la nueva partida presupuestaria para mantener la expedición colonial española en la Cochinchina tendría que aplazarse. Igual que la esperada alocución del general Concha como consecuencia de la ofensiva de Garibaldi en el extinto reino de Nápoles. Europa estaba cambiando y España crecía económicamente gracias a sus aventuras imperiales. Prim era el general de moda: la guerra de Marruecos había colocado al flamante marqués de los Castillejos en la cima de su popularidad.